

él de indicar que su majestad católica, sin entenderse antes con la Santa Sede, había ajustado la paz con el turco, y concertado una alianza con el rey hereje de Dinamarca, y ¿ahora quería su majestad enseñarle cómo se ha de tratar a los herejes? Guárdese el rey de ofender a la cabeza suprema de la Iglesia; de lo contrario le excomulgare, desligaré a sus vasallos de su juramento de fidelidad y le pediré cuenta del millón de florines de oro que ha sustraído a los bienes eclesiásticos. Después de estas palabras dichas con veheméntísima excitación se levantó el Papa y salió de la sala.

Semejante fin de la audiencia no lo había esperado Olivares, cuya grandeza era en Roma proverbial. El soberbio conde español, pálido de ira, hubo de abrirse por sí mismo la puerta de la sala de la audiencia y atravesar las antecámaras del Vaticano llenas de curiosos cortesanos para volver a su embajada. Con la velocidad del rayo se divulgó en Roma el rumor de que había sobrevenido el rompimiento del Papa con España (1).

Ambas partes deseaban evitar la ruptura y admitieron un acomodamiento. En vista de esto Olivares obtuvo de nuevo audiencia el 28 de febrero para disculparse. Manifestándose en extremo sumiso en la forma, persistió como antes en la inmediata partida de Luxemburgo. El Papa aseguró al embajador, que la relación del legado llegaría dentro de pocos días, por lo cual Olivares se avino a diferir la partida de su correo hasta el 3 de marzo (2).

En la tarde del mismo día vino de Nápoles un alto magistrado español, el doctor Martos, el cual en vez de Olivares, que no sabía latín, debía hacer en el consistorio la solemne protesta del rey de España contra el proceder del Papa (3). Era claro: los españoles querían llevar la contienda hasta el extremo. El 3 de marzo se presentó Olivares en el Vaticano y solicitó la decisión del Papa sobre sus tres demandas: inmediata despedida de Luxemburgo, nuevas declaraciones contra Navarra y excomunión de los católicos adhe-

(1) V. la relación de Badoer, a quien el Papa contó las particularidades de la audiencia, fechada en Roma a 3 de marzo de 1590, en Hübner, II, 298 s. y en el texto original, III, 376 s. Hübner con todo pone la audiencia equivocadamente en 28 de febrero.

(2) V. la relación de Olivares de 28 de febrero de 1590 en Hübner, III, 372 s. y en el núm. 31 del apéndice la \*relación sin fecha de Brumani, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) V. en el núm. 31 del apéndice la \*relación sin fecha de Brumani, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

ridos a éste como a rey. Cuando al Papa se le escapó la observación de que Navarra podía vencer y por tanto era impropio irritarle, Olivares tuvo por llegado el momento para, como él decía, «infundir seriamente temor» al Papa. Replicó que su majestad veía con extrañeza la poca consonancia que había entre las palabras y obras de Su Santidad. Que por eso él, el embajador, tenía el encargo de hacer públicamente con la cooperación del doctor Martos una solemne protesta contra el proceder de Su Santidad. Sixto se enfureció de la manera más violenta, amenazó al rey de España con la excomunión, al embajador con la expulsión de Roma, y hasta, como contó más tarde a Badoer, con la ejecución. Olivares, con todo, permaneció intrépido y alegó el derecho de gentes, bajo cuya protección estaba. Dijo que ningún peligro podía impedirle ejecutar la orden de su rey. Que pedía de nuevo permiso para leer la protesta en el siguiente consistorio. «¿Quiere el rey ser Papa?» dijo Sixto levantando la voz; entonces le habríamos de hacer por lo menos antes cardenal.» «No, respondió Olivares, mi señor como rey bueno y estrictamente católico no quiere excederse en sus facultades, y pido de nuevo permiso para leer la protesta.» El Papa se lo denegó redondamente (1).

Aunque Sixto V en los días siguientes se expresó de la manera más acerba sobre los españoles — llamó a Felipe II el autor de la ruina de Francia (2) —, sin embargo el cardenal Gesualdo logró de nuevo facilitar un ajustamiento. El 10 de marzo debía Olivares obtener una nueva audiencia y pedir perdón al Papa. Sixto contó esto a los que le rodeaban, de suerte que el hecho presto se esparció por Roma. Luxemburgo se declaró dispuesto a salir de Roma en el entretanto, hasta que llegase la respuesta de Navarra, con el pretexto de una peregrinación a Loreto. Sixto V se lo dejó libre, por lo cual el duque partió el 7 de marzo. En Roma se creyó que esto

(1) V. la relación de Olivares de 3 de marzo de 1590 en Hübner, III, 378 s. e *ibid.*, 382 s. los pormenores que Sixto V contó a Badoer sobre la audiencia, los cuales exornó todavía la leyenda posterior; v. sobre esto Hübner, II, 303, nota 1. Cf. también en el núm. 31 del apéndice la \*relación sin fecha de Brumani, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) \*Dopo questo caso il Papa parla in ogni occasione con passione de Spagna et con amaritudine et particolarmente dice il *Re cattolico* è causa della ruina di Francia et che Dio lo castigherà con i compagni che furon mezi della Lega, che già si fece in casa di Guisa. Relación sin fecha de Brumani, pero que seguramente pertenece a estos días. Las palabras con letra bastardilla están cifradas. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

se hacía porque el Papa quería condescender con los españoles; decía que Luxemburgo no volvería (1). Pero se engañaron mucho. Sixto V perseveró en su resistencia; en una carta a Felipe II, fechada a 8 de marzo, protestó contra el hecho de que se le amenazase con un concilio y un cisma y príncipes católicos presumesen juzgar al Vicario de Cristo (2). Olivares en su audiencia de 10 de marzo no mencionó a la verdad a Luxemburgo, pero exigió, conminando con su protesta, que se excomulgase inmediatamente a los partidarios católicos de Navarra. Con esto se llegó a una escena violenta y a la interrupción de la audiencia (3).

En vista de estos sucesos reinaba en Roma temor e inquietud. En las iglesias, en las funciones de las Cuarenta horas se hacían especiales súplicas por Francia (4). Una indescriptible excitación se apoderó de los embajadores italianos. Juzgábase que Felipe II y Sixto V invocarían la ayuda de los príncipes italianos; que el Papa podía tener de su parte a Venecia y Urbino, prohibiría a Ferrara y Parma con amenaza de censuras prestar apoyo a los españoles y se dirigiría también a Florencia y Mantua. Hablando con el embajador mantuano quejóse Sixto amargamente de que Felipe II le quisiese agobiar a él que estaba indefenso. Pero dijo que el rey se engañaba. Que ciertamente Francia, que en otro tiempo había auxiliado a los Papas contra los emperadores, estaba arruinada; que ciertamente Saboya, Génova, Parma, Ferrara y Urbino habían sido ganadas por los españoles, que el duque de Florencia era feudatario español por causa de Siena y el de Mantua estaba atado por el toisón de oro: pero que él, el Papa, no tenía miedo, pues Dios no le sustraería su amparo en consideración a sus buenas intenciones respecto de Francia. Que esperaba también, que los príncipes italianos no sufrirían que fuese oprimido el papado y la dignidad de la Silla Apostólica (5).

(1) Lo del texto está tomado de la interesante \*relación sin fecha de Brumani, que se halla en el núm. 31 del apéndice, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Hübner, II, 304.

(3) V. la \*relación de Badoer, de 17 de marzo de 1590 (*Archivo público de Venecia*), utilizada por Hübner, II, 305.

(4) V. el \*Avviso de 28 de febrero de 1590, Urb., 1058, p. 82, *Biblioteca Vaticana*. Cuánto ocupaban todos los ánimos los asuntos de Francia, lo atestigua G. Campori en su \*relación de 20 de marzo de 1590, *Archivo público de Módena*.

(5) V. en el núm. 31 del apéndice la \*relación sin fecha de Brumani (*Archivo Gonzaga de Mantua*), la cual reproduce literalmente las expresiones de Sixto V.

En el decurso ulterior de la conversación con el embajador de Mantua el Papa hizo resaltar de nuevo su buena intención de mover a Enrique de Navarra mediante el afable trato dado a Luxemburgo primeramente a que pusiese en libertad al cardenal Borbón; dijo que sólo cuando esto no se hiciese, se podía proceder contra los partidarios católicos de Enrique, sin exponerse al reproche de cruel dureza. Pero que nunca fulminaría precipitadamente la excomunión contra católicos, como Olivares demandaba, pues era deber suyo tentar primero todos los medios de bondad. Después Sixto V se explayó en amargas quejas de la conducta inconsiderada del cardenal legado Caetani, que con su grande intimidad abiertamente mostrada con el embajador español se hacía de antemano sospechoso a los partidarios católicos de Navarra, y con la paga de 50000 escudos a Mayenne había aumentado aún esta sospecha, aunque tenía ordenado hacer observar que estos dineros sólo estaban destinados para poner en libertad a Borbón. Añadió que asimismo contra sus instrucciones había Caetani tratado con gran dureza al cardenal Vendôme y desviado a este influyente personaje, cuya conquista hubiera traído consigo a muchos (1).

En un consistorio de 14 de marzo trató Sixto V de los asuntos de Francia con claras alusiones a Olivares y Felipe II, que quería sustraerse a la obediencia de la Santa Sede. Dejó entrever que a semejante paso había de responder con la excomunión de don Felipe (2).

Con general expectación se aguardaba la audiencia del sábado del embajador español, que se tuvo el 17 de marzo. El camarero de servicio, Sangallete, observó cómo Olivares al entrar en la sala de la audiencia apenas dobló la rodilla ante Su Santidad, mientras el Papa se sentó sin mirar al embajador (3). Tres veces pidió Olivares hincado de rodillas o que se concediese la inmediata excomunión de los partidarios católicos de Navarra y la declaración de la inhabilidad de éste para el trono, o que se diese el beneplácito para la presentación de la protesta. Como fueron infructuosas todas las súplicas y representaciones hechas al Papa, amenazó Olivares, que

(1) V. la \*relación sin fecha de Brumani, loco cit.

(2) V. Acta consist., 870. Cf. la relación de De Maisse, de 15 de marzo de 1590, en la Rev. d. scienc. relig., I (1921), 342.

(3) Estos pormenores los da Niccolini en su \*relación de 30 de marzo de 1590 (*Archivo público de Florencia*, Med. 3299), utilizada por Hübner, II, 306.

su rey se apartaría de la obediencia a la Santa Sede y defendería la causa de Cristo según su propio parecer. Finalmente Sixto V puso fin por sí mismo a las discusiones sumamente agitadas, saliéndose de la sala de la audiencia. Olivares fué presuroso a ver al cardenal Montalto y le aseveró que antes quería que le hiciese cortar la cabeza el Papa que el rey: que él tenía que presentar la protesta, y en caso necesario darla a conocer por sí mismo en la antecámara o fijándola en la ciudad (1).

Como las cosas habían ido tan lejos, el Papa por consejo de los cardenales Gesualdo y Galli se resolvió a convocar para el lunes, 19 de marzo, una congregación extraordinaria, a la que debían asistir, además de los cardenales de la Inquisición y los destinados para tratar los asuntos de Francia, todavía otros trece purpurados, en total veintitrés. Gesualdo y Galli hicieron la elección, de modo que predominaban los afectos a España. El Papa estuvo conforme con esto. Olivares todavía por la noche trabajaba febrilmente para disponer en favor de sus pretensiones a los miembros de la congregación (2).

El 19 de marzo se presentaron todos los cardenales llamados a tener parte en la congregación, a excepción de Santori, Carafa y Castagna. Santori estaba enfermo, y los otros dos se fingieron enfermos. En un discurso de más de hora y media expuso el Papa de nuevo el estado del asunto y enunció tres cuestiones principales: ¿Debe, como lo demandó el embajador español, permitirse la protesta del doctor Martos, debe fulminarse la excomunión contra los

(1) La célebre audiencia de Olivares, descrita por menudo según las comunicaciones de Sixto V por Alb. Badoer en su relación de 22 de marzo de 1590, ha sido utilizada por Hübner, III, 387 s., y ya antes por Ranke, *Los Papas*, II<sup>8</sup>, 140. Para ella cf. todavía en el núm. 32 del apéndice la \*relación de Brumani de 24 de marzo de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*. También por ésta se ve con toda claridad que la audiencia se tuvo el 17 de marzo. Ranke (II<sup>8</sup>, 140) y otros la trasladan muy equivocadamente al 22 de marzo, lo cual luego ha pasado también a otras narraciones. Es incomprensible cómo Ranke puede afirmar más adelante: «Había una opinión, como vemos, que era aún más ortodoxa, más católica que el Papa mismo: el embajador español se presentó para expresarla delante del Papa», y cómo el mismo Ranke inmediatamente después cuenta tranquilamente, que precisamente este embajador amenazó que su rey «se apartaría de la obediencia de Su Santidad». Y ésta viene a ser según Ranke ¡una opinión «todavía más ortodoxa, más católica que el Papa mismo»!

(2) Además de las relaciones de Niccolini publicadas por Desjardins, V, 89 s., 97, v. también la \*relación de Brumani de 24 de marzo de 1590 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), en el núm. 32 del apéndice.

partidarios católicos de Navarra, debe romperse el trato con Luxemburgo? Él mismo propuso para esto todavía una prórroga de quince días hasta la llegada de la respuesta de Navarra respecto a la liberación del cardenal Borbón, que estaba aún preso.

En favor de la simple aceptación de las demandas españolas se declararon con general asombro sólo cuatro cardenales: Gesualdo, Galli, Madruzzo y Deza, con especial vehemencia Gesualdo. El Papa, que intervino repetidas veces en la discusión, examinó especialmente la protesta conminatoria, la cual dijo que no podía permitir, sino que debía impugnarla por todos los medios. Adhirióse a él enteramente el cardenal Colonna. El cardenal Mattei expresó su admiración de que hasta el rey de España, que quería ser protector de los católicos, se aprestase a proceder de esta manera con protesta, con lo cual se hacía cismático. Pero el que más impresión produjo, fué el discurso del cardenal Aragón. Precisamente de él era de quien menos se había de esperar una intervención en favor del Papa, a causa de sus relaciones con España. Primeramente recordó su juramento de derramar su sangre, si fuese necesario, en servicio de la Iglesia. Dijo que estaba resuelto a decir su opinión sin rebozo, con lo cual creía obrar aun en el interés bien entendido del rey católico, su soberano y bienhechor, pues nada podía redundar en más grave daño de su majestad, que la negación de la obediencia debida a Su Santidad, que una protesta contra los actos del jerarca supremo de la Iglesia. Que de ahí se habían de originar en todo el mundo escándalos y males de enormes consecuencias; pero que especialmente en Francia semejante protesta produciría un efecto muy diverso del deseado. Que toda la nobleza, y asimismo casi todo el clero serían de una vez alcanzados por la excomunión, y a la verdad por orden del rey de España y no del Padre Santo, quien al contrario había hecho esperar por sus breves su bendición. Que Felipe II quería una Francia católica, pero que los pasos que él exigía que se diesen habían de empujar al pueblo francés a separarse de la Iglesia. Que también por respetos políticos habían de rechazarse las demandas del embajador español, pues un proceder tan duro contra Navarra, como él exigía, no haría sino unir aún más fuertemente los franceses a aquél.

El cardenal había hablado con gran fuego; dijo que antes quería dejarse arrancar la lengua, que recomendar algo contra la dignidad de la Santa Sede. La votación al fin de la sesión de seis horas dió por

resultado, que la mayor parte de los cardenales se allegó al parecer del Papa. «Dios se compadece de nosotros, exclamó Sixto V. No se puede decir que Nos hemos elegido los hombres, pues ellos (los españoles) han hecho la lista para la congregación, y con todo se han aceptado nuestras propuestas» (1).

Fué para Olivares un grave golpe el que las genuinas ideas católicas, que sólo se pueden imaginar en la unión con el Papa, hubiesen alcanzado tan brillante victoria sobre el sentir español, que amenazaba con el cisma. Cuando dos de los cardenales, el anciano Colonna y Sforza, no en nombre del Papa o de la congregación, sino sólo en nombre suyo propio, enteraron al conde de Olivares de la resolución del Sacro Colegio, y le exhortaron a allanarse, pareció éste hallarse inclinado a ello; sólo pidió tiempo para pensar hasta el día siguiente. No obstante, en éste, 20 de marzo, llegó de vuelta a Roma Luxemburgo, a quien se creía en camino para Francia. A consecuencia de esto la ira de Olivares no conoció límites; denegó ahora a los dos cardenales toda respuesta. A la pregunta de ellos: «¿Referiremos esto al Papa?» respondió Olivares: «Sí» (2). Sixto en un consistorio celebrado el 21 de marzo llamó a esta respuesta una impertinencia y prohibió a los cardenales bajo pena de excomunión todo trato directo o indirecto con el embajador español. Para el día siguiente, el 22, llamó a todos los cardenales a una congregación (3).

En esta asamblea describió el Papa su conducta respecto del rey de Francia desde el asesinato de los Guisas hasta el presente. Con documentos, que leyó el secretario Caligari, hizo constar que lo había intentado todo inútilmente para ir mano a mano con don Felipe. Quejóse amargamente de la conducta de Caetani, y todavía

(1) Además de las Acta consist., 871 y la \*memoria que se halla en *Franciae Varia*, t. 31, *Archivo secreto pontificio*, v. la relación circunstanciada de Niccolini en Desjardins, V, 97 s. (con fecha falsa: 17 de marzo), la carta de Broderie a Enrique IV en la *Revue des quest. hist.*, XI, 28 s., la relación de Badoer en Hübner, III, 388 s. y en el núm. 32 del apéndice la \*relación de Brumani de 24 de marzo de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Niccolini en Desjardins, V, 100 s. Cf. en el núm. 32 del apéndice la \*relación de Brumani de 24 de marzo de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Además de los cortos datos de las Acta consist., 871, cf. la extensa versión que hay en las \*Acta consist. camer., XI, 140, *Archivo secreto pontificio*, la relación del embajador de Ferrara en Ricci, II, 152 y principalmente la \*relación de Brumani de 24 de marzo de 1590 (loco cit.) en el núm. 32 del apéndice. En L'Epinoise se han omitido los sucesos descritos en el texto; asimismo en el texto de Hübner. Éste en el apéndice, III, 394 s., cita la relación de Badoer de 23 marzo, la cual empero no es del todo inteligible a causa de una omisión.

más de Olivares, que hasta desde Nápoles había amenazado al Estado de la Iglesia. Conforme a esto propuso la expulsión y excomunión de Olivares, así como el aseguramiento de las fronteras del territorio pontificio contra los españoles. Las opiniones de los cardenales fueron muy divergentes. Algunos, especialmente Gesualdo, tuvieron un altercado violento con el Papa. La mayor parte estuvo contra el empleo de los medios más duros antes de haberse negociado nuevamente con Olivares. Por lo demás, sólo pocos se atrevieron a disculpar al embajador. Indicóse por algunos, que Felipe II nada sabía del proceder provocativo de Olivares, o si lo sabía, éste había engañado a su rey, haciéndole creer que era cosa fácil atemorizar al Papa; que todo el Sacro Colegio estaba contra Olivares, y aun toda Roma era enemiga suya. Sixto declaró que quería antes morir que condescender con las pretensiones de los españoles. Que como éstos no creían sus palabras y amenazaban con protestas, se consideraba desligado de sus propuestas hechas en diciembre de 1589. Después que el Papa hubo hablado de nuevo acerca de la soberbia de los españoles, que se lo permitían todo, y hecho notar que no tenía miedo alguno, resolvióse unánimemente que no se había de otorgar la protesta de Olivares. Los cardenales Deza y Mendoza fueron encargados por la congregación de comunicar esto al embajador español (1).

Por espacio de dos horas y media negociaron con él. Se supo que al fin habían anunciado al Papa, que Olivares había condescendido no más que en diferir aún su protesta por quince días (2). Sixto estaba resuelto a no permitir que se hiciese, sino antes bien a expulsar al embajador de Roma. Éste permaneció en su palacio; se le negó la acostumbrada audiencia del sábado, aun a pesar de que los cardenales Deza y Mendoza intercedieron por él. Cuando Deza indicó que Olivares había escrito a Nápoles que retirasen las tropas de la frontera del Estado de la Iglesia, dijo Sixto V que el embajador hiciera lo que bien le pareciese. Que él no tenía ningún

(1) Además de la corta relación de Badoer que trae Hübner, III, 394 s., v. Acta consist., 871 (cf. la versión que se halla en Laemmer, Melet., 233), las extensas relaciones de Niccolini y Montalto en Desjardins, V, 102 s., 108 s., la carta de Broderie en la *Revue des quest. hist.*, XI, 30 s., la \*memoria que hay en *Franciae Varia*, t. 31, *Archivo secreto pontificio*, y la \*relación de Brumani de 24 de marzo de 1590 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), en el núm. 32 del apéndice.

(2) V. la \*relación de Brumani arriba citada, la cual completa la narración de Hübner.

temor, pues podía poner en pie de guerra ocho mil hombres para su defensa. Que desde el principio de su reinado su ánimo había sido adverso a toda hostilidad, que al contrario, había ido dirigido a proceder de una manera concorde con el rey de España como con un padre, un hermano, un compañero en los asuntos católicos. Pero que si el rey o sus representantes querían violentarle, mostraría al mundo que el Papa Sixto no era ningún Paulo IV (1).

Antonio de la Broderie, que por medio de Vivonne había ido a Roma y allí desempeñaba el cargo de agente de Enrique, notificaba que todo iba bien; que si el rey pedía al Papa la absolución y se hacía católico, se llegaría sin duda al rompimiento de Sixto V con España. «Por amor de Dios, así conjuró Broderie a su rey, no pierda vuestra majestad esta buena ocasión. Pero antes es necesaria la liberación del cardenal Borbón, pues como dijo el Papa todavía ayer al embajador de Venecia, no podía antes hacer nada por vuestra majestad. La irritación del Papa contra los españoles, especialmente contra Olivares, es muy grande» (2).

En tan favorables circunstancias se recibió en Roma una noticia que no poco había de confirmar al Papa en su opinión de que un personaje tan extraordinario y un general tan apto como Navarra alcanzaría al fin la victoria. La nueva llegada el 29 de marzo (3) era que Mayenne había padecido el 14 junto a Ivry una sangrienta derrota. Al comunicar Sixto V al día siguiente a la congregación general este suceso, que ponía el sello a la preponderancia de Enrique sobre las fuerzas militares de la Liga, se quejó de la conducta de Caetani, especialmente del monitorio dirigido por éste a los partidarios católicos de Navarra, y propuso la inmediata exoneración del legado. Sin embargo, contra esto se declararon todos los cardenales, porque no se debía aparentar que se abandonaba a los católicos franceses en un momento tan peligroso (4). Sobre lo que había de hacerse en adelante, las opiniones estaban muy divi-

(1) Todo esto lo refiere Brumani en su \*carta hasta ahora desconocida y muy importante de 24 de marzo de 1590 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), que puede verse en el núm. 32 del apéndice.

(2) V. *Revue des quest. hist.*, XL (1886), 31.

(3) V. *Acta consist.*, 871.

(4) En las *Acta consist.*, 872, así como en el \*Cod. XXXV, 5, III de la *Biblioteca Barberini* la congregación general está asentada falsamente como tenida en abril. L'Epinois (423) no lo ha advertido, y por eso ha embrollado su narración. Sobre las negociaciones v. la extensa relación de Niccolini en Desjardins, V, 112 s.

das. Con todo, mostróse que la mayor parte de los cardenales no creía en la probabilidad de una conversión del de Navarra y por eso estaban por un proceder enérgico en compañía de España. Sólo algunos pocos enteramente aislados, como Giustiniani y Montalto, disuadían de semejante aventura. Contra su costumbre no intervino el Papa esta vez en la discusión, sólo al fin hizo observar que no podía creer en las malas intenciones de Navarra, de lo contrario ya habría procedido contra él. Al fin se pusieron de acuerdo en que la decisión definitiva debía ser tomada por el Papa en unión con cinco cardenales de la congregación francesa y otros cinco miembros del Sacro Colegio (1).

Sucedíanse ahora sin interrupción unos a otros consistorios y congregaciones generales, en los cuales se leían las relaciones de Caetani recién llegadas y se deliberaba sobre ellas (2). Una decisión no se llevó a efecto; con todo, el Papa envió breves de aliento a aquellos franceses que estaban en lucha con los hugonotes (3). Continuamente era asediado por ambos partidos, por los de la Liga y por los católicos adheridos a Navarra, para que se pusiese decididamente de su parte. Sixto callaba. Tampoco recibió respuesta alguna el hermano del cardenal legado Caetani, que había ido a Roma para justificar a éste. El Papa quería ganar tiempo (4).

(1) V. *ibid.* y la \*relación de Brumani de 7 de abril de 1590 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), en el núm. 33 del apéndice. Las \*Acta consist. del Cod. XXXV, 5, III de la *Biblioteca Barberini* nombran al 29 de marzo como miembros de la Congregatio Franciae: S. Georgius [Serbelloni], Gesualdus, Aragon, Columna sen., Comens. [Galli], Paleottus, Alexandrinus [Bonelli], Madrutius, S. Severina [Santori], SS. Quattuor [Facchinetti], S. Marci [Valiero], Salvatus, Lancelottus, Pinellus, Aldobrandinus, Saulius, Sfortia, Montaltus, Matheus, Columna iun. Según la relación de Niccolini de 7 de abril (Desjardins, V, 117) por causa de Venecia y Florencia agregáronse también Cornaro y Monte a la congregación francesa.

(2) V. *Acta consist.*, 871 s.; cf. Desjardins, V, 117 s., 120 s. Una memoria más circunstanciada sobre el consistorio de 11 de abril de 1590, en el cual se deliberó sobre la petición del duque de Mayenne y del legado Caetani super provisione ecclesiarum et monasteriorum Franciae, se halla en los *Brevia Gregorii XIV*, en el Cód. J. 58 de la *Biblioteca Vallicelliana de Roma*; dícese allí: \*Quibus litteris prius in consistorio per card. Mathaeum perlectis S<sup>tas</sup> Sua exquisivit vota cardinalium iisque habitis S<sup>tas</sup> Sua decrevit ius istud nominandi esse devolutum ad Sedem Apost., cum certus rex non sit hodie in dicto regno, et ideo Meduano [sic!] duci non fore illud concedendum; dixit autem S<sup>tas</sup> Sua se dictis ecclesiis et beneficiis non nisi de personis catholico foederi gratis et acceptis provisurum.

(3) V. L'Epinois, 425 s.

(4) V. Desjardins, V, 116; L'Epinois, 468 s.